

ALFAGUARA  


Gabi Martínez

Sólo para gigantes



---

## I

La sombra del Fokker se tiende sobre laderas de montañas gigantes, la mayoría sin nombre. El pequeño avión de hélices avanza entre las anónimas cumbres inmensas que se erizan alrededor. Dicen que en la cordillera del Hindu Kush hay más de cuarenta picos por encima de los seis mil metros, majestuosas cimas que albergan lagos edénicos, glaciares, torrenteras de fábula y bosques vírgenes donde otra vida es posible. Más de cuarenta picos rebosantes de tesoros..., eclipsados para el mundo, sólo atento a la popularidad de «los techos». Noshaq, Istori-nal, Saraghrar y el campeón, el único que en realidad se menciona y trasciende, el Tirich Mir.

Los techos.

La altura les hizo merecedores de un nombre y, de esa forma, de un lugar en la memoria.

Es verano, ni una nube. El sol ya quema, pero las nieves continúan perpetuas en las cimas de las moles que se encadenan encajonando la vida ahí al fondo, sugiriendo que, en los valles, todo está a su merced.

Ahí al fondo.

Se habla de talibanes emboscados tras la última ofensiva del ejército pakistaní. Se divisan llanuras imprevistas y hermosas. Se adivinan leyendas de las que nada se sabe al otro lado de esta empalizada geológica que preserva poblados poco más que medievales. Leyendas que hablan de descendientes de Alejandro Magno, de animales en extinción y de seres furtivos que se esconden para huir de los hombres. Dicen que, ahí abajo, a veces es difícil discernir qué significa exactamente «salvaje».

Sí, hace sol.

Siete años antes, Shamsur había salido de casa al filo de las ocho de la mañana. Era 3 de agosto. El sol también campeaba en solitario, pero el último aliento fresco de la noche aún no se había evaporado y Shamsur podía moverse sin sudar. Mientras bajaba el camino del valle se tocó varias veces el pelo rubio bien cortado. Como a Jordi le gustaba verle presentable, había adoptado la costumbre del retoque, aunque últimamente no aceptara demasiadas órdenes del zoólogo —«ya no soy un niño, ¿no?...»— y discutieran a menudo.

Cuando Shamsur entró en el jardín le sorprendió que todo estuviera tal y como lo había dejado dos noches atrás. Los perros no ladraron ni salieron a saludarle, si bien no reparó en ello hasta más tarde. Subió a la terraza, donde se levantaba la pieza que incluía el dormitorio y la oficina. Las dos puertas permanecían cerradas. Vio la ventana del dormitorio entreabierta, y se asomó. Ni Jordi ni Wazir, el niño a cargo de Jordi, se encontraban en sus camas. Shamsur dio cuatro pasos hasta la puerta de la oficina y llamó.

—¡Jordi!

Tres veces.

—¡Jordi!

A gritos.

—¡Jordi!

Vio dos fotografías tiradas en el umbral. Eran los retratos de dos hombres con barba y *pakhol*, el gorro común de las montañas. Sólo pasaban unos minutos de las ocho, el calor no había aumentado especialmente, pero la temperatura corporal de Shamsur se disparó. Con la respiración entrecortada bajó en tres saltos la escalera, corrió unos veinte metros por el terreno hasta la pieza donde dormía Asif, uno de los dos ayudantes de Jordi. Encontró la puerta abierta pero Asif no estaba.

Al lado, en la cuadra, los caballos empezaron a piafar y relinchar con un nerviosismo anómalo. Las axilas de Shamsur ya casi empapaban su *shalwar-kamize*, *no es normal, no es nor-*

*mal*, así que saltó del murete al camino y continuó el descenso, esta vez a toda prisa, superando las primeras casas kalash.

—¿Adónde vas tan rápido? —preguntó Abdul, que empuñaba una bolsa.

—Estoy llamando a Jordi y no responde. No hay nadie en casa. ¡Le han secuestrado!

—¿Cómo que le han secuestrado?

—Voy a buscar a la policía. Ven, ven.

—Tengo que llevar estas medicinas a mi mujer. Ha parido esta noche y se encuentra bastante mal. En cuanto se las dé voy para allí.

Abdul tardó media hora en plantarse en la Sharakat House, su propia casa, que alquilaba a Jordi desde hacía cinco años. A las puertas de la pieza ya se encontraba Shamsur junto a un médico del Hospital Civil y un oficial de la comisaría de Bumburet. Abdul pensó que habían llegado muy rápido. Por lo visto, habían aprovechado la ventana entreabierta del dormitorio para entrar en la dependencia.

Los rayos del espléndido día proyectaron haces en la penumbra, haciendo visible el polvo. Jordi estaba sentado en la silla forrada con piel de vaca frente a su escritorio. Tenía la cabeza inclinada hacia la derecha de un modo tan tranquilo que Shamsur quiso pensar que dormía. Al situarse junto a él, vio sus ojos abiertos. Shamsur chorreaba sudor, las gotas recorriéndole las sienes, hormigueándole en el cuello, deslizándose por el interior de la túnica, el organismo en combustión, aunque para entonces había perdido su cuerpo de vista, sólo atento a cómo el médico ladeaba la cabeza de Jordi hasta descubrir el cuello, donde aparecieron un agujero y un corte de los que ya no mataba nada.

—Lleva muchas horas muerto —dijo el doctor intentando no pisar el enorme charco de sangre seca que rodeaba la silla.

Shamsur se agarró la cabeza boqueando y salió a la mañana radiante dando tumbos, ciego, no sólo a causa del sol. Siete años después seguiría sin recordar qué ocurrió hasta un buen rato más tarde.

Los que se quedaron en el interior observaron que la ejecución había salpicado un papel aislado en el escritorio y una fotografía enmarcada donde se veía a Jordi con Shamsur y dos amigos delante de una noria en París. Sobre la otra mesa del cuarto, un pequeño pupitre esquinero, se dispersaba una serie de papelitos, cada uno de los cuales representaba una letra del abecedario, varios estaban también manchados de sangre. Poco antes de su muerte Jordi habría impartido una clase de escritura a su joven discípulo Wazir Ali Sha.

—¿Y el chico? —preguntó Abdul.

Al articular la pregunta sintió un trallazo de ansiedad.

La desaparición de Wazir le preocupaba especialmente: era el primer kalash que convivía con Jordi en quince años. Hasta entonces, el zoólogo había reservado ese nivel de intimidad a los musulmanes.

—Habrá que buscarlo —dijo el policía.

Pero allí todos sabían que Wazir no era la prioridad. Su nombre no llegaría muy lejos. Un niño kalash ¿qué repercusión tiene más allá de las montañas?

Por otra parte, de momento sólo existía la certidumbre de un cadáver. La de Jordi Magraner era una muerte anunciada, de acuerdo. Meses antes las autoridades de Chitral le habían advertido que abandonara los valles porque su vida peligraba, la presión de los integristas resultaba mucho más que asfixiante y costaba entender por qué no se había largado después de los atentados a las Torres Gemelas. Y no sólo eso, sino que ni siquiera se ocultaba: pasaba el tiempo discutiendo, peleándose, perturbado por su maldita idea del honor, de la grandeza.

Orgullosa. Enigmática. Múltiple. Pagana. Apasionada. Una bestia. Son palabras con las que aún le identifican.

—Le dije que se esfumara durante unos meses —masculó Abdul al doctor mientras ojeaba los lomos de los libros ordenados en la estancia, títulos que casi podría recitar de memoria, tantas veces había estado allí. Había algunos sobre el Imperio Romano, sobre las tribus regionales, estudios concernientes a los kalash y varios volúmenes que hablaban de

hombres salvajes. Como si fuera una broma. Hombres salvajes. Todos los titulares de los periódicos repetirían el día después idéntica cantinela:

EL HOMBRE QUE BUSCABA AL YETI APARECE ASESINADO